

queda para fortalecer la voluntad? Los principios son los que fortifican, porque ellos son los que ilustran; fuera de ellos no hay nada mas que fenómenos; es decir, apariencias, segun la admirable energía de la palabra; y es imposible que simples apariencias, por reales que parezcan, produzcan otra cosa en el espíritu que un materialismo que oprime ó un escepticismo que ahoga. Es preciso mirar al cielo antes que sentarse sobre la tierra. No es la masa de la materia la que lleva al hombre, porque el hombre es un espíritu; y cuando el espíritu sube á la region de los principios; cuando el hombre se deja dominar por algo mas grande que las sensaciones y la imaginacion, entonces penetra en las esferas, donde comienza la fe, donde la palabra interior del Verbo se encuentra en su alma con su palabra exterior, donde se forma la alianza divina de todas las luces y de todas las certezas, y con ella la fuerza de los Santos, la fuerza de los Apóstoles, la fuerza de los Mártires, la fuerza de los magistrados que ocupan la sede de la justicia, la fuerza de los políticos que gobiernan el mundo, la fuerza de los escritores que le hablan; y esta otra fuerza sagrada, la mas indispensable de todas, la fuerza del hombre vulgar contra las pasiones de su naturaleza y las adversidades de su vida. Destruid el íntimo concierto de la razon y la fe en las profundidades de la inteligencia; desprendeos como de vanos sueños de esas peregrinaciones del alma al país de Dios, y cuando hayais hecho todo esto, no extrañeis que el horizonte se empequeñezca, que la eternidad se borre ante el tiempo, que el infinito vaya á perderse en el lodo de la materia, que el instinto se coloque sobre la razon, y que el hombre, como el buque desprovisto de sus áncoras y de sus mástiles, pase á ser una hoja arrasada por las olas. La deshonra es consecuencia de la caida.

La segunda señal de que la razon está debilitada en nuestro siglo, es la degradacion de las lecturas. El hombre no lee sino lo que le gusta: su gusto es la medida de su razon. Entre los síntomas de que nosotros somos testigos, ninguno hay mas visible y mas desconsolador que la pasion por los libros quiméricos, es decir, por los libros que nada dicen á la razon, mientras que á la imaginacion y á los sentidos se lo dicen todo. Su número es incalculable; y ya no nos limitamos á publicarlos bajo la forma seria de un tomo; se los lanza en el mundo en hojas sueltas como aquellos oráculos que salian en otro tiempo del roble de Dódona, y no hay diario ó revista que crea poder vivir sin ofrecer á sus lectores tan pueril alimento. Nos vemos inundados todos los dias de páginas medianas en el estilo, y nulas en el fondo, que un hombre no puede leer sin despreciarse, porque su lectura es un sacrificio hecho á la nada: y no obstante estas páginas encuentran un pueblo de adoradores, hasta en la nacion que se gloria de que ninguna, despues de la Grecia, la ha sobrepujado en los dones del espíritu. Semejante profanacion de la inteligencia corresponde á la debilidad de carácter de que ya me he ocupado, y reconoce idéntico origen. Allí donde la razon no es sostenida por libros sagrados, expresion directa del pensamiento de Dios, pierde el hábito de las sublimidades inteligibles, abandona el estudio por la industria, y se desdeña de la fatiga de los negocios, ó se precave de los asaltos del fastidio con fútiles diversiones. ¿Qué es la filosofia para los que desprecian la Religion? ¿qué la historia para los cortesanos de la fortuna, que sobre la Providencia colocan el acaso? Sin duda la incredulidad no trae siempre en pos de sí la flaqueza del entendimiento: hay hombres que han recibido de Dios privilegios especiales, y se complacen en valerse de ellos contra Dios. Pero

esto no es mas que una excepcion : la multitud jamás es grande por sí misma ; solo puede serlo por una emanacion de lo alto : cuando retira su vista del cielo , no ve bajo sus piés sino la tierra. El genio no acude en su apoyo para causarle vértigos é ilusiones : la multitud entonces continúa siendo lo que es por naturaleza ; pobre , ignorante , juguete de las necesidades que la afligen y de los errores que la destrozan. Faltada de sólidos alimentos, se lanza sobre los pastos mas viles, y el primer libro que le viene á mano ocupa para ella el lugar de la Biblia, como el primer charlatan ocupa para ella el lugar de Jesu-cristo.

Observad otra señal de la flaqueza de la razon en nuestros contemporáneos : me refiero á la impotencia política. Y ya que ninguna nacion hace mas al caso que la Francia, citaré otra vez á la Francia. Desde hace setenta años la Francia trabaja en constituirse. Justamente enamorada del sentimiento de la dignidad humana, tiende á elevarse hasta aquella vida pública que constituyó á los grandes pueblos de la antigüedad, y sin la cual una nacion no es otra cosa que una multitud de hombres consagrados á los intereses domésticos bajo un señor que dirige los destinos á su antojo. Esta aspiracion de la Francia es noble, es augusta. Ejemplos famosos muestran que no es irrealizable, y aunque demasiado fascinada quizá por sus reyes, desde Hugo Capeto hasta Luis XVI, no obstante á la Francia no la habian faltado instituciones capaces de contener al poder en la pendiente de la arbitrariedad, y perpetuar en su seno un verdadero patriotismo con una libertad bien entendida : y si el ascendiente progresivo del poder monárquico debilitó en los últimos siglos las garantías de su existencia política, contaba siempre la Francia con restos, y sobre todo con recuerdos, donde podia ir á buscar sus de-

rechos perdidos ó comprometidos. En una palabra, la Francia no era un país de servidumbre ; y cuando, despues de grandes ruinas, trató no ha mucho de resucitar bajo una forma nueva y estable el antiguo edificio de su libertad, no hizo otra cosa que obedecer á su naturaleza y á sus tradiciones. ¿ Por qué esta prueba le ha salido mal ? ¿ Por qué despues de tres cuartas partes de siglo, falta de fijeza, la vemos arastrada como un débil esquiue en los torbellinos del Océano ? No la han faltado para sus necesidades ni príncipes, ni soldados, ni oradores. En estos setenta años ha recibido con profusion hombres notables en todo género de grandezas, de suerte que, mas fecunda que nunca, parecia que un designio singular queria establecer un contraste entre el mérito de sus jefes y la impotencia de su accion. ¿ Qué significa esto, mi querido Manuel ? Que una nacion no puede ser gobernada cuando no se gobierna á sí misma en la intimidad de sus pensamientos y sus voluntades. Todo se estrella contra treinta millones de hombres que no aciertan á sostenerse á sí mismos sobre un fundamento sólido. ¿ Sabeis qué significa esto ? Significa que la Francia, que ha conservado tantos instintos magníficos, ha perdido el sentimiento político de la Religion y del derecho. Instruida en la escuela de los enciclopedistas, no ha sabido todavía persuadirse de que la Religion, aun suponiendo que fuese falsa, es un elemento necesario á la vida de un pueblo, y que la libertad no es posible sino en un país donde el derecho la coloque sobre las pasiones. Esto es lo que nos falta ; porque la fe, que es el principio mas sublime de la justicia, no contrabalancea en nosotros la propension que nos lleva á rechazar el derecho que nos incomoda, esto es, la libertad ajena. Nuestra razon desfallece ante las mas grandes verdades políticas, y preferimos perdernos en el vacío que repetir lo

que los más medianos legisladores confesaban ya antes de Jesucristo: «Sin los dioses no hay sociedad posible.»

Oiréis á menudo atribuir nuestras desdichas á causas secundarias: las causas secundarias tienen indudablemente su parte en aquellas; pero, persuadidos de ello, la causa principal está en que la Francia ha perdido el sentimiento político de la Religión y del derecho.

Quizá censuraréis este rasgo que se me escapa, y me reprocharéis por qué me separo de la cuestion; pero ¿de qué se trata? De manifestaros, con las lecciones que nos proporciona la época, que la disminucion de la fe trae consigo la de la razon, y que estas dos luces, léjos de pertenecer á dos órdenes que nada tienen de comun, brillan ó se apagan juntas, porque son la expresion, desigual si quereis, pero correspondiente de unas mismas verdades, y predestinadas la una y la otra á conducir al hombre en su paso por el mundo, y abrirle los senderos para llegar á su reposo final. Y esta leccion de nuestra época nos confirma tambien lo que el apóstol san Juan nos dice en el principio de su texto; esto es: Que el Verbo hecho carne, que brilla en medio de nosotros *lleno de gracia y de verdad*, es el mismo Verbo de Dios *que alumbra á todo hombre que viene á este mundo*; de donde resulta en Jesucristo la unidad que le constituye nuestro único maestro. ¿Á quién elegiríais fuera de Jesucristo? ¿En qué hombre ó en qué libro, en qué palabra ó en qué obra depositaríais vuestra confianza si allí no encontráseis á Jesucristo, y sobre todo si allí se rechazase á Jesucristo? *El que no está conmigo, está contra mí; y el que no allega conmigo, esparce* (1), ha dicho: y este oráculo lo vemos realizado todos los

(1) Matth. XII, 30.

días en la miseria de las cosas que no son cristianas. «Todo está perdido menos el honor,» decia un rey. Nosotros podemos decir mejor que él: «Todo está perdido, fuera de Jesucristo.» Si algo nos queda aun en pié, allí está Jesucristo: lo que se ha marchado es porque abandonó á Jesucristo antes de marcharse: y su cruz, señal de vida para los que le adoran, anuncia á las ideas y á las instituciones que han muerto, que la única fuerza que les faltó para vivir era la fuerza de Jesucristo.

Todo maestro abre á sus discípulos un camino por el que deben marchar; les enseña una doctrina que él cree la verdad; les comunica una vida del alma que es el fin del camino que les abre y de la verdad que les enseña. Tales son los elementos de aquella autoridad fundadora y directora que los latinos llamaban *magisterium*. Pero á diferencia de todos los maestros que le precedieron, y de todos los que le seguirán, Jesucristo no se limitó á decir á sus discípulos: «Yo os abro un camino, yo os enseño una verdad, yo os comunico una vida,» sino que les dijo con aquel lenguaje que todo respira su divinidad: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1); lo que quiere decir: Yo soy el camino, andad conmigo; yo soy la verdad, creed en mí; yo soy la vida, vivid de mí. Así es como Jesucristo se ha dado á sus discípulos. Es su camino, porque siendo como es Dios hecho hombre, les manifiesta con sus actos la más elevada perfeccion á que los hombres deben aspirar y llegar. Es su verdad, porque como Verbo de Dios coetáneo á su Padre, es la expresion sustancial de su pensamiento, y como Verbo hecho carne es su expresion reveladora. Es su vida, porque viviendo de sí, de una vida que no tiene origen ni medida, es el mediador de la vida cerca de

(1) Joan. XIV, 6.

los hombres, y derrama con una efusion de su gracia el gérmen incorruptible y divino de esta misma vida. Bajo este triple aspecto, Jesucristo, Dios y hombre á la vez, saca de su primera naturaleza una autoridad que no tiene límites, y contiene en la segunda el secreto de una simpatía que no tiene igual. El Dios diviniza al hombre; el hombre humaniza al Dios; y unidos indisolublemente el uno al otro con un lazo que ni la misma muerte pudo romper, nos exige y manda un culto el mas merecido de todos, el mas dulce, el mas puro, el mas profundo que nunca existió; culto en que la inteligencia, humillándose, se eleva; en que la voluntad se suaviza y se fortalece á la vez; en que el corazon rebosa un amor que ningun otro amor produce; en que toda el alma, en fin, se ensancha, se derrite, se levanta, se abisma, se transfigura, y preve en su misma dilatacion y plenitud que todo esto no es sino la aurora y la simple semilla de un tiempo mas perfecto. ¡Ah! ¿quién os describiria el culto de Jesucristo si vos no lo conociéseis? y si una sola vez, si un solo instante lo habeis gustado, ¿quién os repetirá su inexplicable efecto? Ni los placeres del orgullo en el dia de sus mas brillantes victorias, ni las fascinaciones de la carne en la hora de sus mas engañosas delicias, ni la madre al recibir un hijo de las manos de Dios, ni el esposo introduciendo á la esposa en la castidad del hogar nupcial, ni el poeta en el primer soplo de su inspiracion, ni nada de lo que en el mundo existe ó ha existido contiene el reflejo, la imágen, la sombra de lo que es para un alma el culto de Jesucristo. Toda otra cosa ó es demasiado ó es poco, ó nos escapa ó no nos llena. Solo Jesucristo tiene la medida de nuestro ser; solo él ha hecho de la grandeza y de la miseria, de la fuerza y de la unción, de la vida y de la muerte una bebida tal que nuestro corazon la apetecia ya antes de conocerla; y los que han

bebido en esta copa una sola vez en su edad de hombres saben que digo la verdad, y que esta es una embriaguez de la que no se vuelve en sí.

El culto de Jesucristo: tal es el fondo de la vida cristiana: ya lo sabeis; este culto no es nuevo. Comenzó en las puertas del Eden, cuando el hombre, dejando tras de sí una inocencia perdida, vió á lo léjos, al través de las soledades del porvenir, al Reparador prometido á su culpa. Los Patriarcas lo llevaron consigo en sus primeras emigraciones: el tercero de su raza, Enós, hijo de Seth, le dió una forma mas solemne, como se consigna en la Escritura: este culto se encuentra sobre el altar en que Noé celebraba el renacimiento del género humano. Abrahan, al levantar sobre su querido hijo la cuchilla del sacrificador, presagió con una accion inmortal el holocausto que debia cumplir todas las figuras y consumir todas las esperanzas. Los tiempos andaban sin que menguasen ni las unas ni las otras. Moisés en el Sínai recibia de ellas una confirmacion que pasó á ser el alma de un pueblo: este pueblo se engrandecia esperando; y Salomon levantó al culto que contiene todos los recuerdos y todos los crepúsculos del Cristo, su descendiente, un templo digno de ellos: David le dedicó las profundidades de aquellos cantos inspirados, que serán un dia la plegaria del porvenir: los Profetas siguieron á David, su príncipe, como David habia seguido á Moisés y á los Patriarcas; y, en fin, el Cristo se manifestó y lo atrajo todo á sí con aquella preciosa sangre que tantas víctimas habian anunciado con la suya, que tantas almas deseaban ver correr, y que permanece para siempre en medio de nosotros con una luz que eclipsa á toda otra luz, y un amor que no tiene igual en ningun otro amor. Nada de lo que hubo santo en el mundo fue extraño al culto de Jesucristo. Viéronse en naciones que no le conocian grandes virtudes morales: estas

virtudes, animadas de una gracia secreta, pudieron salvar á los que honraban á Dios y á la justicia con todas sus fuerzas; pero nadie llegó á la santidad activa sino por el culto de Jesucristo, y únicamente su gracia, oscuramente derramada, elevó hasta él á aquellos que en los siglos de preparacion no le habian presentado sino creyendo en la providencia y la bondad de su Padre.

Se han rasgado ya todos los velos; han desaparecido todas las figuras ante la viviente y visible majestad de Dios, hecho hombre; su nombre está en los labios de la humanidad como un incienso; su Evangelio habita en el corazon de las naciones civilizadas, sus altares se levantan en todas partes, sus sacerdotes le sirven, sus apóstoles le predicán, sus mártires mezclan su sangre con su sangre; y si un odio implacable le persigue todavía, este odio es un nuevo testimonio para su gloria, y una prueba de que es menester ser humilde para reconocerle y casto para amarle. Todo vive en el culto de Cristo, todo recibe de él su raíz, su flor y su fruto, y por consiguiente, mi querido Manuel, vos que me pedís en qué consiste el ser cristiano, ¿qué debo hacer yo, sino exponeros este divino culto con toda la esplendidez de su accion y todos los misterios de su naturaleza?

Jesucristo es la verdad; preciso es, pues, rendirle el culto de la verdad, es decir, buscarle en las cosas que le manifiestan, tales como la Escritura, la tradicion, la Iglesia, la santísima Virgen, los Santos, sus imágenes, los templos, la liturgia sagrada.

Jesucristo es la vida; es menester, pues, rendirle el culto de la vida, es decir, unirse á él por medio de los Sacramentos que ha instituido, para comunicarnos su gracia, y con su gracia el gérmen de la vida eterna.

Jesucristo es el camino; es menester, pues, seguir-

le rindiéndole el culto de la imitacion, produciendo en nosotros las virtudes morales y sobrenaturales de que nos dió ejemplo, tales como la justicia, la fortaleza, la humildad, la pureza, la mortificacion, la penitencia, y en fin, la caridad, que es la primera y la última.

Tal es el horizonte que me abris con vuestro piadoso deseo: culto de Jesucristo como verdad, es decir, en las cosas que le manifiestan; culto de Jesucristo como vida, es decir, en las cosas que le comunican; culto de Jesucristo como camino, es decir, en las cosas que imitándole le reproducen. Hubiera podido conducirlos paso á paso sin descubrirlos mi intento, como tuve costumbre de hacerlo en mis conferencias dogmáticas; pero, si en aquellas por razon de su carácter debia á veces ocultar mis designios, porque lo imprevisto forma parte de los secretos de la oratoria, no sucede otro tanto en una comunicacion íntima entre dos almas, que se desahogan mutuamente á los piés de la verdad. Nos quedarán por otra parte en lo que voy á deciros á la sombra de una fe, que nos es comun, muchas cosas que apenas vislumbro; pero la luz asiste á los que buscan la luz, y tal vez vos con vuestras dudas y con vuestros errores me enseñaréis caminos que yo ignoro, senderos perdidos en el fondo del desierto, playas retiradas donde abordaremos juntos, impelidos por el sopro suave de Dios. Plácida navegacion, que tendrá á Jesucristo por piloto, á la Iglesia por buque y al Evangelio por mar. Yo me felicito porque al encontrarme en el borde de una vida, que ya declina, puedo entretenerme con vos, no ya en las profundidades del dogma, sino en los misterios íntimos de la vida. Cuando uno es jóven, gusta exponerse atrevidamente á los peligros de la inmensidad; pero viene un dia en que los largos viajes han madurado el corazon y pacificado la inteli-

gencia, entonces se vuelve con placer á las tranquilidades domésticas, se siente el precio del reposo en los conocimientos adquiridos, y la muerte que se acerca nos descubre poco á poco y sin ruido muchos secretos que hasta el estudio y la especulacion guardan ocultos al hombre de genio. Vos venís y yo me voy. El consuelo de los que parten es abrazar á los que se quedan; la fuerza de los que se quedan es pensar en los que han partido. Yo reanimaré mi soplo con los ardores del vuestro, y vos, hijo de esta época agitada que ha sido tambien la mia, encontraréis quizá en mis expansiones enfriadas, sí, por el tiempo, pero no extinguidas, algo que os dará la paz, junto con el fervor cristiano.

Pensaréis quizá que voy á poner aquí punto final, y que ya he dicho bastante en esta mi primera carta; pero no me es posible. Si os dejara en el lugar en que nos hallamos, tendríais de la vida cristiana una idea falsa, porque seria incompleta. Sin duda el culto de Jesucristo constituye su fondo; es decir su primera base; mas ¿es tambien él su fin y su término? ¿Es acaso el culto de Jesucristo el objeto exclusivo de la vida cristiana, ó bien no es mas que un punto de partida, un medio eficaz para llegar á un término ulterior, en el que Jesucristo ya no es extranjero, pero no está solo? Á él debemos pedirselo, pues es nuestro maestro.

Pues bien, si estudiamos su Evangelio, es decir, sus actos y su palabra, le vemos en todas partes declararse por el Hijo de Dios, que está cumpliendo una mision de su Padre. *Mi comida*, dice á sus Apóstoles, *es cumplir la voluntad de Aquel que me envió* (1). *Por mi mismo nada puedo; juzgo segun lo que oigo; y mi juicio es justo, porque yo no busco mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me envió* (2). *Mis obras*

(1) Joan. iv, 34. — (2) Ibid. v, 30.

*dan testimonio que es mi Padre el que me envió; y mi Padre que me envió ha dado testimonio de mí* (1). *La voluntad de Aquel que me ha enviado, que es mi Padre, es, que á ninguno pierda de los que me confió, y que resucite á todos en el último dia* (2). *Nadie puede venir á mí, si mi Padre que me envió no lo conduce* (3). *Mi doctrina no es mia, sino de Aquel que me envió* (4). *Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío á vosotros* (5).

No es, pues, Jesucristo, es decir el Dios-Hombre, el principio de su palabra, de su doctrina, de su gracia, de su voluntad, en fin, de la obra por la cual tomó nuestra naturaleza, vivió y sufrió. Él no es mas que el instrumento predestinado de un Padre, de quien todo eternamente lo ha recibido; su Padre es quien le escogió para comunicar á los hombres el beneficio de la reparacion despues de haberles dado el de la creacion. Y como no es él principio de su obra, tampoco es el fin de la misma. Él la hace remontar á su fuente; de suerte que, preguntado por sus discípulos acerca de la manera como debian rogar, se lo enseñó, escondiéndose á su pensamiento, y diciéndoles: *Oraréis de esta manera: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo* (6). Dirige el pensamiento de aquellos á su Padre, hácia Aquel del cual dirá en el dia de su ascension: *Yo subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios* (7). Les propone la venida del reino de su Padre, como último término de sus aspiraciones; y en el decurso de todo su Evangelio, cuando les habla de este reino de felicidad y perfeccion, siempre le apellida el *reino de Dios* ó el *reino del cielo*. Sin duda este reino es tambien el suyo; pues así lo afirma en dos ó tres circuns-

(1) Joan. v, 36, 37. — (2) Ibid. vi, 39. — (3) Ibid. vi, 44.

(4) Ibid. vii, 17. — (5) Ibid. xx, 21. — (6) Matth. vi, 9, 10.

(7) Joan. xx, 17.

tancias; solo es el suyo porque es el de su Padre, y porque su Padre se lo dió todo en el eterno acto de su filiacion.

No siendo Jesucristo principio ni fin de la redencion de los hombres, ¿qué es con relacion á la misma? Lo he dicho ya, es el instrumento, ó mejor, sirviéndome de una expresion bíblica, es el *Mediador*. Esta palabra la creó san Pablo en su bello lenguaje teológico: *No hay sino un Dios, dice, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dió á sí mismo para la redencion de todos* (1). Por otra parte, en otros muchos lugares es apellidado: *El Mediador del Nuevo Testamento* (2). Por esto, fiel á este luminoso camino que conduce á Dios por Jesucristo, la Iglesia en su liturgia acostumbra á dirigir siempre sus oraciones á la primera Persona de la santísima Trinidad, *de la que procede toda paternidad en el cielo y en la tierra* (3), y las termina con una fórmula solemne que las coloca bajo la intercesion y mediacion del Salvador. *Os rogamos, dice, por Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, que vive y reina con Vos, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos*. Esta admirable y continua conclusion nos revela á la vez la primacia del Padre, al cual todo se remonta, porque todo de él procede; la filiacion del Hijo y su oficio de mediador entre su Padre y nosotros, y en fin, el lazo que une al Hijo y al Padre al Santo Espíritu en una sola vida, un solo reino, una sola é indivisible unidad. En esta unidad absoluta, el Hijo, en cuanto Verbo coeterno de Dios, es todo lo que su Padre es, salvo que es engendrado por él, mas en cuanto Verbo hecho carne, por lo que le acerca á nosotros, sin quitarle nada de su divina personalidad, toma una situacion que le subordina y en

(1) I Tim. II, 6, 6. — (2) Hebr. IX, 15. — (3) Ephes. III, 15.

la cual dice de sí mismo: *Mi Padre es mas que yo* (1). Y san Pablo fijando sus proféticas miradas en el momento en que terminará su mision de mediador, se expresa en los siguientes términos, que acaban de explicar el misterio: *Luego vendrá el fin, cuando el Cristo habiendo vencido todo principado, todo poder, toda potestad, devolverá el reino á Dios su Padre; pues ha de reinar hasta que haya colocado sus enemigos á sus piés, y destruido la muerte su último enemigo. Todo, en efecto, le ha sido sometido; mas al decir que todo le ha sido sometido, sin duda que se exceptúa Aquel que se lo ha sometido todo. Cuando, pues, todo le habrá sido sometido, el mismo Hijo será sometido al que se lo ha sometido todo, á fin de que Dios sea todo en todas las cosas* (2).

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es, pues, el principio y fin de nuestra redencion: Jesucristo, el Verbo hecho carne, no es sino el mediador. Dios, visto cara á cara, y no al través de las sombras de la humanidad, por magníficas que sean, es el objeto supremo de nuestra vida de cristianos. *Nosotros le veremos tal cual es* (3); hé ahí la promesa: *nosotros seremos semejantes á Él, porque le veremos tal cual es* (4); hé ahí la consecuencia. Así como el Verbo se humanizó tomando nuestra naturaleza, *nosotros nos haremos participantes de la naturaleza divina* (5), viendo á Dios en la incomprendible luz de su esencia. Y el mismo Hombre-Dios resucitado para no morir ya, eternamente visible á nuestras dichosas miradas, hará brotar de su carne transfigurada por la gloria la divinidad consustancial que le hace uno con su Padre. *Dios estará todo en cada uno de los que merecerán verle; y ya aquí abajo, la vida cristiana es el principio de aquella penetracion beatífica; ella tiene por sávia interior la di-*

(1) Joan. XIV, 28. — (2) I Cor. XV, 24 et seq. — (3) I Joan. III, 2.

(4) Ibid. — (5) II Petr. I, 5.

vina efusion que llamamos *gracia*, y doctrina segura es entre nosotros que la gloria eterna no es otra cosa que el desarrollo de la gracia presente. Vivimos ya de Dios, viviendo por Jesucristo; oímos la palabra de Dios oyendo la suya; amamos á Dios amándole á él; miramos á Dios mirando su rostro afeado y deshonorado por nuestra salud. Dios transpira á través de Cristo, y nos inunda de una sangre preciosa, pues es la que se derramó desde la cruz sobre el género humano. Tal es la vida cristiana en su principio, en su fin, en su sobrenatural esencia, y tambien en su fundamento, que es la mediacion de Cristo; pues *nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, que es el Cristo Jesús* (1).

Jesucristo es el fundamento de la vida cristiana, porque reparó en nosotros las ruinas del hombre antiguo, y porque revestido de nuestra carne tomada del seno de Adán por una Virgen sin mancha, ha reconciliado con su sangre el cielo y la tierra, el hombre y Dios. Es su fundamento, porque él es quien, añadiendo á la luz natural de nuestra inteligencia la segunda luz de su palabra, nos ha dado á conocer á Dios, nuestro último fin, con una plenitud de que carecíamos. Es su fundamento, porque él es quien, dándonos en su vida y muerte, que fueron la vida y la muerte de un Dios, el espectáculo de su inefable bondad, nos ha hecho amar á Dios con un amor que nos era desconocido. Es su fundamento, porque él es quien, en cuanto hombre, nos hizo conocer al hombre, y nos inspiró á favor de nuestros semejantes una caridad sincera, activa, universal. En fin, él es su fundamento, porque él es quien, en nombre de su Padre, instituyó aquellos actos sagrados por excelencia que contienen con la gracia los gérmenes de la

(1) II Cor. III, 11.

vida eterna. Así es que aunque no sea el principio ni el fin de la vida cristiana, que no reside sino en Dios, Jesucristo es no obstante su base, porque es su medio y su fundamento. Nadie fuera de él conocerá plenamente á Dios, y menos podrá amarle como debe ser amado. Nadie tampoco conocerá con pleno conocimiento al hombre fuera de Jesucristo, ni le amará con verdadero amor. Este es el tercer carácter de la vida cristiana. El primero es tener á Jesucristo por maestro y preceptor; el segundo tener á Dios por principio y fin; el tercero por fuente única del amor de Dios y de los hombres.

*Maestro*, decia un doctor á Jesucristo con el objeto de tentarle, *¿cuál es el mas grande mandamiento de la ley?* Jesús le contestó: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, hé aquí el grande y el primer mandamiento; el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos están contenidos toda la ley y los Profetas* (1). Y en estos dos mandamientos tambien está toda la fuerza de la vida cristiana. Elevarse hasta Dios y aproximarse á los hombres, hé aquí lo que hizo Jesucristo, hé aquí lo que enseñó y lo que obtuvo y obtiene constantemente de parte de los que le siguen. En el tiempo esto lo es todo; y la eternidad misma no será otra cosa que la continuacion de estos dos actos en los cuales se ejercita nuestra vida durante el curso de su mortalidad. Amarémos á Dios viéndole, despues de haberle amado sin verle, y amarémos á las almas salvadas despues de haber amado su salvacion. Solo Jesucristo ha dado á la vida humana una direccion semejante. Nadie sino Jesucristo podia darla con buen éxito. Y este es el milagro universal en donde él permanece presente

(1) Matth. XXII, 35 et seq.